

La Marina del Tercer Duque de Osuna

José M<sup>a</sup> Blanca Carlier  
Academia de San Romualdo de  
Ciencias, Letras y Artes.  
San Fernando.

**L**os datos contenidos en este breve trabajo sobre la vida de Don Pedro Téllez Girón, tercer Duque de Osuna, han sido extraídos en su mayor parte, de la obra «El Gran Duque de Osuna y su Marina», del capitán de navío e historiador naval Don Cesáreo Fernández Duro, miembro de la Real Academia de la Historia.

Este destacado marino, autor de muchas obras, como veremos más adelante, escribió también la «Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón», tratado de nueve tomos; una obra de gran interés tanto para los marinos como para toda persona amante de las cosas del mar.

Debió ser para Fernández Duro tan interesante la vida del tercer Duque de Osuna, que dedicándole un capítulo en la obra anteriormente citada, y pareciéndole escasa la referencia, investigó más prolijamente sobre la vida de Don Pedro Téllez Girón, formando la mencionada al principio, que abarca prácticamente toda la vida del Duque desde su primera acción militar hasta su muerte.

A continuación expongo la biografía de Don Cesáreo Fernández Duro:

Nace en Zamora el 25 de Febrero de 1.830. En 1º de marzo de 1.845 ingresa en el Colegio Naval de San Fernando como aspirante de la primera promoción del recién inaugurado centro. Guardiamarina en 1.848, estuvo embarcado en el bergantín «Ligero», a bordo del cual asistió al combate contra los piratas de Joló. En 1.856, aún de alférez de navío, es designado profesor del colegio. Como teniente de navío a bordo del vapor «Ferrolano», tomó parte en la guerra de Africa de 1.859-1.860. En 1.862 formó parte de la expedición de Prim a México. Por sus servicios en Cuba, se le concedió en 1.869, la graduación de coronel del Ejército. Destinado a Canarias para el levanta-

miento de cartas hidrográficas, su tarea alcanzó idénticos éxitos que las realizadas por sus predecesores Fernández Navarrete y Vargas Ponce.

Entre sus obras se cuentan cerca de cuatrocientas: memorias, biografías, obras náuticas, de derecho marítimo, descripciones, etc. De muchas de ellas manifestó Novo y Colson -otro marino e historiador naval de prestigio- que eran monumentos literarios de la historia. A manera de ejemplo citaremos algunas: «Gran Duque de Osuna y su Marina», «Conquista de las Azores» (1.583), «Viajes regios por mar en el transcurso de quinientos años», «La carta de Juan de la Cosa», «Buques coraceros antiguos y españoles», «Armada Invencible», «Colón y Pinzón», «Arte Naval», «Naufragios de la Armada Española», «Disquisiciones náuticas», que fue traducida al alemán. La obra de más actualidad para consulta de historiadores navales es «Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón», en nueve tomos, vulgarmente conocida por «Armada Española».

Como capitán de navío fue ayudante de Alfonso XIII. Entre las academias que pertenecía se cuentan la de Historia, Nobles Artes de San Fernando, la de la Habana, etc. En 1.892, cuando se celebró el cuarto centenario del descubrimiento de América, se utilizaron sus investigaciones para hacer una reconstrucción de la Nao «Santa María». Falleció en Madrid el 5 de junio de 1.908. Su nombre figura en el Panteón de Marineros Ilustres.

## LA MARINA DEL TERCER DUQUE DE OSUNA.

Don Pedro Téllez Girón, Tercer Duque de Osuna, conocido por «El Grande» nace en dicha ciudad el 17 de Diciembre de 1.574<sup>1</sup>. Fueron sus padres Don Juan Téllez Girón y su prima Doña Ana María Velasco, hija de un Condestable de Castilla. El entonces Virrey de Nápoles, su abuelo, el primer Duque de Osuna, lo llevó consigo a Nápoles siendo aún un niño. Cuando regresa a España domina el italiano y el latín, que le había enseñado el docto humanista Andrés Savone. Entre sus naturales disposiciones sobresalía por poseer una prodigiosa memoria, como acredita el siguiente hecho: En 1.585 todavía en Nápoles, cuando aún no contaba once años, oye un sermón a un fraile franciscano. Al día siguiente el predicador fue invitado a comer a casa de su abuelo. Pedro le repitió el sermón íntegramente y literalmente. En Salamanca siguió los estudios de matemáticas, elementos de Arquitectura y Mecánica,

Fortificaciones, Humanidades, Geografía e Historia, al mismo tiempo que ejercitaba en las armas, equitación y otros ejercicios corporales, mas estimados entonces que las letras por la nobleza. El abuelo deseaba que el joven saliese «caballero de capa y espada». Las aspiraciones de Pedro se dirigían a la vida militar y de campaña, que inauguró cuando solo contaba dieciséis años de edad, marchando de su casa para unirse a las fuerzas con destino a sofocar el levantamiento de Aragón de 1.591.

Al terminar la represión, que fue breve, marchó a París en compañía del Duque de Feria, embajador extraordinario. Allí reunió una extensa biblioteca sobre temas de historia, que trajo a España. Después pasó a Portugal, desde donde escribió a Don Fernando Velasco una extensa carta de impresiones y juicios. Este es el primer escrito suyo conocido.

Con dieciocho años de edad era popular en Sevilla por los desórdenes y alborotos que cometía en unión de otros jóvenes de su edad. Su padre a pesar de las amonestaciones y reprimendas, no lograba frenarle. De genio muy vivo, amigo de bromas y francachelas, era sin embargo valiente «Hasta más allá del arrojo», como le había calificado uno de sus biógrafos. Tanto es así que Cristóbal Monroy Silva, basándose en la turbulenta juventud del Duque, publicó después de la muerte, una obra titulada «Las mocedades del Duque de Osuna».

<sup>1</sup> Según partida de bautismo obrante en el archivo de la colegiata

En las postrimerias del siglo XVI, fallecidos Felipe II y su padre, entra Don Pedro en posesión de la grandeza de España con los títulos de Tercer Duque de Osuna, Segundo Marqués de Peñafiel, Séptimo Conde de Ureña y otros señoríos.

La vida licenciosa que lleva en esta época le dio fama de liberal y aun de libertino. Por su conducta había sido desterrado de Sevilla y había sufrido prisión en Arévalo y en Peñafiel.

En 1.593 contrae matrimonio con Doña Catalina Enríquez de Rivera, hija del Duque de Alcalá y de Doña Juana Cortés, que lo era del conquistador de México.

Como simple soldado se enrola en los famosos Tercios de Flandes, con cuatro escudos de paga al mes. Era generoso con sus compañeros, quedando

a las ordenes del capitán Diego Rodríguez, del tercio del maestre de campo Simón Antúnez, hasta que el marqués Ambrosio Spínola le encomienda el mando de dos compañías de caballos que había de sostener a su costa. Para esta acción se le había conferido el nuevo empleo de coronel general.

También estuvo el duque a las ordenes del general Federico Spínola, hermano del marqués, general de la escuadra que había zarpado de Lisboa el 9 de Agosto de 1.602, y a quién el rey había encargado fuese con seis galeras y un tercio de infantería española a enfrentarse con los rebeldes de Holanda que pretendían ser dueños de aquellos mares. Durante la navegación apresó un bajel inglés que dejó en la Coruña y continuando al canal de la Mancha, encontró a la armada enemiga muy superior en unidades; trató de forzar el paso y le hundieron las galeras «San Felipe» y «Lucero», ahogándose la mayor parte de sus dotaciones; las otras cuatro, pudieron alcanzar los puertos de Flandes, donde rehízo y reforzó la escuadra con otras cuatro galeras, quedando así formada: la «Capitana», en que iba por segundo Aurelio Spínola; la «Patrona», que mandaba Cristóbal Valenzuela, la «Española», con Pedro Ordoñez; la «Fama» al mando de Juan Martínez de Gendola; la «Ventura», con Bartolomé Ripoll; la «San Juan» con Hernando de Vargas; la «Santa Margarita» de Lesa de la Rocha, y la «Doncella», de Cristóbal de Menguña. Las fuerzas embarcadas de infantería ascendían a 1.130 hombres.

El 5 de Mayo de 1.603 zarpó la escuadra en busca de la armada enemiga, que estaba a la boca del puerto, cañoneándose por espacio de dos horas, con pérdidas humanas por ambos bandos.

Para despedir el combate abordó Spínola a la nave capitana enemiga y teniéndola casi rendida y muerto el almirante holandés, le sorprendieron en medio dos navíos adversarios cañoneándole a una y otra banda. Una bala le llevó la mano derecha, otro proyectil le dio en el estómago. Con el rostro completamente destrozado vivió cerca de una hora. La galera logró desasirse y reunirse con las otras. Hubo 414 muertos y muchos heridos, pues las tropas apiñadas ofrecían buenos blancos al adversario. Un bajel resultó incendiado. Los holandeses sufrieron la pérdida de 720 hombres y el hundimiento de una nave. La pérdida mas sensible por parte española fue la del general Federico Spínola.

Ambrosio Spínola, jefe del Ejército de los Países Bajos que en 1.604

hizo capitular a la ciudad marítima de Ostende, ocuparía en 1.625 la que parecía inexpugnable ciudad holandesa de Breda e inmortalizaría el insuperable pincel de Velázquez, en el archiconocido cuadro de «Las Lanzas». Iniciaría su carrera militar combatiendo en la mar, pero impresionado por el aciago final de su hermano, pasó a combatir en tierra, con lo que la Marina perdió un buen almirante, pero el ejército ganó a uno de sus mejores generales.

Francisco de Quevedo dedicó al almirante genovés Federico Spínola este soneto:

Blandamente descansen, caminante,  
Debajo de estos mármoles helados,  
Los huesos, en cenizas desatados,  
Del Marte genovés siempre triunfante.  
No lo pises, no pases adelante,  
Que es profanar despojos respetados.  
Cuando no de la muerte, de los hados,  
Que obligan a la fama que los cante.  
El rayo artificioso de la guerra,  
Emula de virtud la diestra airada,  
En esta piedra a Federico encierra;  
Que la muerte en el plomo disfrazada;  
No se la pude dar, en mar ni tierra,  
Sin favor de su mano y de su espada.

Admiró a todos los combatientes de esta campaña la bravura y serenidad del Duque, de las que sus superiores dieron cuenta al general jefe Ambrosio Spínola, que aunque afligido por la pérdida de su hermano, transmitió la noticia al Archiduque de Flandes, quien envió expresamente a un gentilhomme para felicitar a Don Pedro por su primera acción de guerra acaecida en el mar.

Después partió al sitio de Grave, al mando de una fuerza de infantería. Su primera acción fue atacar a las tropas del conde Mauricio de Nassau con un arrojo calificado de temerario, perdiendo treinta hombres y el caballo que montaba y recibiendo en una pierna herida de mosquete, que sin ser grave por no tocar el hueso, le retuvo un mes inmóvil en cama, y que le haría sufrir el resto de su vida.

Ya restablecido, en 1.604 marchó a Londres para conocer la capital y todo lo concerniente a las campañas marítimas que le interesaban no menos que las terrestres.

Dedicada al archiduque Alberto de Flandes escribió «Memoria de la Campaña de 1.605», en la que comentaba las operaciones y los recursos desplegados tanto por Spínola como por su enemigo el conde Mauricio; capitaneos ambos sobresalientes del arte de la guerra.

En una acción en que atacaba el Duque con las fuerzas a su mando la plaza de Grool el año 1.606, una bala le arrancó el dedo pulgar de la mano derecha.

Acabada la campaña de 1.606 con tanta gloria, y sentados los preliminares de la tregua con los holandeses, aprovechó la ocasión para visitar este país para él muy interesante por ser esencialmente marítimo. Al regreso solicitó de los archiduques licencia para volver a España. Por las acciones bélicas en las que dejó bien demostradas su capacidad y bravura, tras el asalto a Grool se le concedió el Toisón de Oro.

Ya en Madrid, el Rey lo recibió en audiencia privada pidiéndole que reunido ante su persona el Consejo, diera cuenta del estado en que quedaba Flandes, con su opinión personal de las consecuencias de la tregua. Con su natural elocuencia y soltura disertó durante dos horas y sin descender a pormenores de estado, acciones bélicas y hacienda, expresándose con claridad, método y precisión, sin alardes de diplomático ni pretensiones -según frase suya- «de embellecer con adornos la palabra, que es uno de los mayores males que afligen a España». Impresionado el Consejo con su flamante oratoria, se le anunció que había sido nombrado por el Rey Gentilhombre de Cámara con plaza en el Consejo de Portugal, lo que le valió que en adelante se le pidiese parecer en todos los asuntos relacionados con Flandes, especialmente de la tregua definitiva con Holanda.

Un entretenimiento que puede parecer pueril consumía entonces parte de la actividad del Duque. Se ejercitaba en el manejo de la pluma y de la espada, para dar mayor actividad a la mano mutilada, logrando con paciencia y práctica continua, vencer en buena parte las dificultades, alcanzando hasta ser diestro en el manejo de la pistola.

El decreto de expulsión de los moriscos ocasionó al Duque serios disgustos, por ser el único sostenedor en el Consejo de la inconveniencia de las medidas adoptadas sobre el asunto y que coincidían con la opinión general.

Por aquel entonces preocupaba la situación de Sicilia. En un período de treinta años los turcos habían efectuado mas de ochenta desembarcos en puntos distintos de sus costas, y realizado varios saqueos. El Duque en uno de sus arranques de oratoria, se atrevió a decir que el Rey no tenía de la soberanía de la isla más que el título, disfrutando el usufructo de los corsarios turcos y que mantenía un representante gacetero de la corte para avisar los desembarcos, incendio de ciudades y asaltos de castillos.

En la corte no sonaban bien los acentos de la verdad. Sin embargo el hecho indiscutible es que se acordó designar al Duque como Virrey de Sicilia, cuyo nombramiento recibió el 18 de septiembre de 1.606. La primera medida que tomó Don Pedro al recibir el nombramiento, fue la de solicitar el detenido examen de las memorias de los virreyes desde veinte años atrás, junto con cualquier otro documento de archivo que estimase digno de estudio, mandando en consecuencia sacar copias o extractos de los que apartaba, que en limpio resultaron seis resmas de papel.

Deseoso de quedar bien documentado, preguntó además a tres personajes que residían en Madrid y conocían bien la situación administrativa de la isla, para que le diesen noticias verbales y particulares. Se procuró además cuantos libros tratasen del carácter y costumbres de los sicilianos. Se informó de estadísticas, producción, riquezas, puertos, estados de las fortificaciones, etc. Debido al continuo malestar que existía en la isla, obtuvo no sin dificultad poderes extraordinarios extensivos a la revisión de causas criminales y promesa de una buena escuadra de galeras; lo que con más insistencia y razón reclamaba.

Salió de Madrid para embarcar en las galeras en Barcelona. La escuadra de galeras se hallaba en Cartagena, pero en tan deficiente estado, que no

la esperó y embarcó en Nápoles, haciendo escala en Marsella, Villafranca y Génova, entreteniéndose durante la travesía con la lectura de manuscritos relativos a su nuevo destino. Agasajado en todos los puertos en que efectuaba escala, llegó a Nilazzo el 9 de marzo de 1.611.

### **Virrey de Sicilia.**

Entró el Duque en Palermo con el aparato y ceremonial que realizaba la autoridad de los virreyes; las calles adornadas de colgaduras, formadas las tropas, reunidos en brillante comitiva los señores de la isla, y el pueblo en la carrera gozando del ambiente festivo y de lo vistoso del espectáculo. Tres días duraron las fiestas, con bailes y funciones populares. Terminados los festejos apareció un bando con ocho artículos, por los que la nueva autoridad ponía en conocimiento del público, que informado el Rey de los homicidios, robos y escándalos que tenían atemorizado al pueblo, le había encargado administrar justicia, con revisión de las causas y procesos que lo requiriesen, estando dispuesto a cumplir con exquisito celo el Real mandato sobre las ordenanzas y anunciaba el mayor rigor con los que diesen protección a los delincuentes; reformar el abuso del derecho de asilo en lugar sagrado; el severo castigo del portador de armas cortas blancas o de fuego, que desde aquel momento quedaban nuevamente prohibidas, así como su predisposición a usar clemencia con los criminales que en el termino de ocho días se presentasen voluntariamente a las autoridades.

Para apreciar el contenido del edicto es preciso conocer que la isla de Sicilia, venía de muy atrás siendo campo franco en que hacían vida a su gusto los truhanes de toda Italia y aún de muchos lugares de Europa. El carácter inquieto de los isleños, los rencores y libertades, y mas que nada la impunidad de que hasta entonces se había gozado, daban a Sicilia la fama de cueva de bandido. Los más encumbrados señores tenían a sueldo cuadrillas de matones, utilizados más que en propia defensa, en satisfacer agravios y venganzas, amparando los crímenes que se cometían. Todos se hallaban armados y no pasaba día sin encuentro, ni noche sin asalto.

Como del bando se burlaron e hicieron caso omiso algunos poderosos que no tenían más ley que su propia voluntad, dispuso algunos escarmientos que hicieron variar de manera del pensar y de actuar a muchos.

Un ejemplar castigo enseñó al pueblo como se practicaba justicia: Dos nobles fueron ejecutados en la plaza pública por ocultar a unos homicidas. Siete asesinos, ladrones e incendiarios pasaron a la horca y doce convictos de delitos menores fueron enviados a galeras.

Bajo estas normas visitó el Duque las poblaciones, puertos y fuertes de la isla, examinando las necesidades y oyendo a los que pedían justicia. Puso especial atención en el litoral, a cuyas fortificaciones dotó de defensa artillería y municiones. Se mostró severo con los gobernadores que tenían descuidadas sus obligaciones. Montó fábricas, abasteció almacenes y arsenales con toda clase de pertrechos, preparándose del modo mas eficaz para recibir a la armada turca que, según informes recibidos, bajaría próximamente a Calabria y Sicilia.

En cuanto a las galeras, defensa principal del reino, contaba con nueve, que, llegaron de Barcelona a Nápoles al mando de Octavio de Aragón. No traían víveres ni pertrechos y sí una exigua tripulación. Hubo que dejar tres desarmadas, no pudiendo zarpar para Sicilia. Por ello decidió preparar la formación de una escuadra, construyendo gradas, trayendo de Génova personal de maestranza y sentando las quillas de galeras y galeones. Buscó capitanes de mar de sólida preparación, sin tener muy en cuenta la nacionalidad ni el sueldo.

Llegaba el momento acariciado desde su juventud: En menos de un año de gobierno había limpiado su territorio de malhechores; su autoridad era temida y respetada; los tribunales enaltecidos; su persona, considerada como íntegra y justiciera, apreciado por todas las clases sociales que conocían su rectitud y afabilidad. Daba audiencia a la gente común, complaciéndose en juzgar en público asuntos de escasa cuantía, usando la clemencia y la gracia cuando no perjudicaba a la ley y al derecho.

Mientras tanto en la isla continuaba incesante el trabajo de la maestranza que ya había terminado nueve excelentes galeras para unir a la nueva escuadra.

Las operaciones navales de 1.612 acrecentaron su popularidad. El Parlamento de Mesina votó recursos extraordinarios para que al mando de Don Antonio Pimentel zarpasen seis galeras a sorprender a las que se encontraban en el puerto de Túnez, mandadas por un renegado inglés y que eran

número suficiente para saquear las costas de las Indias occidentales. Las galeras sin ser vistas, alcanzaron la boca del puerto donde fondearon, y a media noche entraron de improviso las chalupas a bordo de las cuales iban cien soldados provistos de fuego de artificio que arrimaron a las naves. Siete de ellas se incendiaron totalmente, lanzándose al agua los espantados tripulantes moros. Aprovechándose de la confusión y del pánico, apresaron un navío de mil toneladas y otros dos buques menores. Esto ocurría en la madrugada del 23 de mayo.

Terminada la operación salieron a la mar encontrándose con siete galeras de Nápoles que duplicaban su fuerza. Se les unieron y juntas atacaron también de noche a Bizerta, donde los tunecinos acaban de establecer una atarazana con grandes almacenes. Todo lo abrasaron después de saquear, con escasas pérdidas humanas que no llegaron a diez, calculándose en quinientas las de los tunecinos.

Trató el adversario de desquitarse sorprendiendo el puerto de Mesina, pero les resulto mal el pretendido desquite, ya que perdieron dos naos, dos galeras, tres galeotes y unos quinientos hombres.

Acabada esta acción las dos escuadras regresaron juntas y a veinte millas de navegación, cerca del cabo de Bona, dieron caza a un bergantín que apresaron. Desembarcado los treinta y cinco moros que iban a bordo, quemaron la nao con una bomba de fuego que le arrojaron desde la proa de una nave. Del bergantín escaparon tres tripulantes, que huyeron a nado por hallarse cerca de tierra.

En otra ocasión, habiendo recibido el Duque aviso del Virrey de Cerdeña de que frente a las costas de aquellas islas navegaban algunos bajeles de corsarios, ordenó a don Octavio de Aragón, que a la sazón era teniente general de la escuadra de Sicilia, que saliese con ocho galeras en busca de los corsarios y si no los hallase, pasase a Chicheri, en la costa de Argel, lugar gobernado por un turco. Conforme a dicha orden zarpó de Palermo Don Octavio con ocho galeras que fueron: la «Concepción», de capitana, la «Patrona», la «Milicia», la «San Pedro», la «Escalona», la «Fortuna», la «Osuna», y la «Peñañiel», todas muy bien pertrechadas de lo necesario, llevando una tropa de ochocientos soldados. Como no encontró a los corsarios en Cerdeña, pasó a Chicheri, donde ordenó a la tropa saltar a tierra, forman-

do dos escuadrones, el uno volante dispuesto a atacar y el otro firme, para resistir el socorro que pudiese llegar al enemigo. Aunque salió este a la defensa, al abrir los moros la puerta para colocar una pieza de artillería y estorbar la entrada, aprovechó el escuadrón preparado al efecto y entrando precipitadamente, ocuparon tras denodada lucha, el lugar castillo, apresando al gobernador. Por parte del escuadrón hubo escasas bajas y unos treinta heridos.

Pasó luego al archipiélago griego, al enterarse de que por aquellas aguas navegaba Mahomet Bajá con doce naves cobrando tributos. Una vez halladas y atacándolas sin vacilación, hizo rendirse a siete naves, entre ellas la capitana, conduciéndolas a Mesina como testimonio de Victoria.

Las naves del Duque navegaban en Corso. Sin embargo no tenían de corsarias más que el nombre y la bandera; regalas un general, llevaban capitanes e infantería española sujeta a la disciplina militar. Los hombres de gobierno de Madrid informaban «que la infantería española no quiere S.M. que se acostumbre a piratear, ni conviene que con nombre suyo ni de sus ministros se inquieten las naves de mercancía que van a Levante, ni se hagan presas allí en navíos de turcos, pues en ellos se toman niños y mujeres, y pocos o ningunos esclavos útiles par el remo».

Un hecho digno de referir fue el del alférez Jerónimo del Valle, que con una pequeña goleta del Duque, con sesenta y cinco hombres de tripulación, abordó de noche un bajel de Trípoli y lo apresó, sorprendiendo a catorce de los ciento treinta moros que llevaba, sin más perdidas por su parte que tres muertos y cuatro heridos.

Para la nueva campaña, nobles y comerciantes le ofrecieron cuanto dinero hiciese falta para el armamento. Muchos jóvenes desearon alistarse para cualquier expedición, pues la dirección y éxito de las anteriores les habían entusiasmado. Pudieron hacerlo pues además de las galeras existentes, se contaba con otras nuevas y con las apresadas. Sin embargo hubo las necesarias limitaciones. El Duque no quería muchos barcos, sino buenos y con satisfacción de tripulantes y armamentos.

## **Virrey de Nápoles.**

Llegó a la vista de Nápoles la escuadra de Don Pedro el 20 de Julio de 1.616, tras la brillante despedida de Sicilia. De la isla Procida salieron seis galeras con las mas significadas personas de la nobleza. La entrada oficial bajo palio, con el ceremonial de costumbre, ensordeciendo las salvas de los castillos y bajeles. Se erigieron arcos de triunfo en los que sobre las expresiones laudatorias, se traslucía el afecto popular con la inscripción de «Justicia para nosotros y guerra al turco». El Duque con el tono sentencioso y afable con que solía hablar, contestó desde la tribuna preparada para la ocasión: Tendréis una y otra».

Inició la construcción de cinco grandes galeones, recogiendo artillería y pertrechos con que ocupar almacenes, dando en una palabra un desarrollo que nunca tuvo el arsenal, valiéndose como en Sicilia, de multas y arbitrios que no afectaran a las rentas de la Corona, y prescindiendo por tanto de expedientes, cuentas e intervención de los oficiales de la Administración Real. Llamaba su escuadra a la que era obra exclusiva suya, formada sin orden, encargo ni consentimiento de la Junta de las Armadas de España. Respecto a soldados y marinería, pensaba que el mismo sueldo y ración habían de ganar en sus barcos que en la guarnición de cualquier cuartel o castillo, y la misma consideración hacía en punto a estar los forzados en sus galeras o en un presidio de tierra.

Inauguró la campaña de 1.616 despachando su escuadra de vela a cargo de Francisco de Ribera. Se componía de las siguientes unidades: «Concepción», capitana de 52 cañones; «Almirante», de 34, al mando del alférez Serrano; nao «Carretina», de 34, por el alférez Valmaseda; «San Juan Bautista», de 30, por Juan de Cereceda y el patache «Santiago», de 14, por el alférez Garraza. Entre todas se distribuyeron mil mosqueteros españoles. Las instrucciones ordenaban llegar hasta el fondo del Mediterráneo, buscar por cualquier parte a la Armada Turca y batirla ocasionándole todo el daño posible.

Como se ve no era la escuadra del Duque para atemorizar al enemigo, pero se confiaba en Ribera, fiel cumplidor de las ordenes recibidas. Habiendo recalado sobre Chipre y dejándose ver de Famagusta y otros puertos, estableció crucero en el cabo de Celidonia, casi seguro de que allí le aguardaría el enemigo.

Poco tuvo que esperar: al tercer día, el 14 de julio, se aproximaron 55 galeras otomanas en su formación acostumbrada de media luna, que se acercaron directamente a ellos. Ribera separó dos naves como reserva, uniendo las otras cuatro, proa con popa, ciñendo el viento con trinquete y gavia. Se inició el cañoneo a las cuatro de la mañana, durando hasta la puesta del sol, hora en que los turcos se apartaron. Ocho galeras habían escorado, o dado a la banda, lo que indicaba haber recibido disparos bajo la lumbre del agua y de estarlos reparando. Pasaron la noche con fanales encendidos sin perderse mutuamente de vista.

El siguiente día se arrimaron las galeras a tiro de mosquete y se decidieron a abordar, atacando dos grupos a la capitana y a la «Almiranta»; pero al sufrir el fuego directo fue tan grande el estrago, que al momento se separaron y huyeron. Como el día anterior, se pudieron apreciar diez galeras muy averiadas en las que tapaban agujeros.

En el día tercero, con intervalos de descanso, continuó el combate. Un par de veces intentaron los turcos el abordaje sin conseguirlo.

El resultado de la batalla fue: Una nave se fue al fondo, dos quedaron desarboladas; diecisiete malparadas; las demás reconociéndose vencidas, abandonaron el campo de batallas y desaparecieron.

El combate de cabo Celidonia tuvo gran resonancia y sirvió de enseñanza a muchas Marinas. Ocasionó variados comentarios de la gente de mar. Hubo juicios de todo tipo que duraron muchos años. Por ejemplo, en el parte de Ribera se dijo que no fue echada al fondo más que una galera; en otras relaciones se afirma fueron cinco, y en otras, que dos fueron voladas. Corrió por Italia el rumor quizás exagerado, de haber muerto 1.200 genízaros y de marinería, más de 2.000 hombres. Por parte de la escuadra del Duque hubo 34 muertos, 93 heridos graves y muchos leves de astillazos y contusiones. Ribera fue levemente herido en la cara. Los galeones quedaron destrozados, sin palo ni verga entera y cortada la jarcia. La capitana y el patache tuvieron que ser remolcados.

Ufanos de haber cumplido con su deber y vencido a tan poderoso enemigo, pasaron a Candia, y allí se reparó todo lo necesario, pasando después a Nápoles donde les esperaba el Duque. Este distinguió con premios a sus subordinados y el Rey honró al toledano capitán Ribera con el hábito de

Santiago y título de almirante. Con esta acción la Marina del Duque de Osuna adquirió gran reputación y prestigio moral.

De la batalla naval de Celidonia, se publicaron en España varios relatos. El poeta y dramaturgo Luis Vélez de Guevara, autor del «Diablo cojuelo», se inspiró en ella para escribir la comedia titulada «El asombro de Turquía y el valiente toledano». Con tono encomiástico, dice entre otras frases:

Ese que hiciste capitán famoso,  
Ese que el mundo por edades nombre,  
De cuyo aliento Marte está envidioso,  
De cuyo nombre tiembla cualquier hombre;  
A quien se debe el triunfo victorioso,  
A quien se le atribuye por renombre  
Ser vencedor de aquesta acción primera,  
Ya sabes que es el Capitán Ribera.

El general aplauso tributado a Osuna era merecidísimo, aunque fuese solo por pensar lo que hubiera sucedido en Calabria o Sicilia al ver llegar a las costas a 55 galeras turcas con mas de doce mil hombres dispuestas al desembarco. Por mala que fuese la disposición de algunos ministros hacia el Duque, no era lógico ir contra la opinión y el entusiasmo del pueblo, ante la evidencia de haber librado al reino de un gravísimo conflicto y de haber cortado una vez más las alas al turco.

Aprovechando tan buena coyuntura, así como que los cinco galeones estaban a punto de ser terminados, los despachó juntos a la mar al mando de Jacques Pierre, excelente capitán cuyos servicios venía utilizando desde Sicilia. A dichos galeones los bautizó con el nombre de «Las cinco llagas». Encomendó otra nao al capitán Pedro Sanchez, a quién siempre encargaba la delicada misión de descubierta, y durante cinco meses cruzaron por el archipiélago griego y costas de Turquía.

Sabiendo que había salido de Constantinopla el famoso renegado cala-

bres Azan con doce galeras, envió a su encuentro sólo diez, dando a entender así el desprecio que sentía por los turcos, sin engañarse en el resultado. En el combate que duró dos días y fue muy duro, escaparon tres naves; cinco fueron apresadas y destruidas las restantes, recuperándose dos bajeles japoneses que llevaban. Se destacó durante el combate el comportamiento de un soldado llamado Francisco Roel, que saltando a la nave capitana, permaneció en ella atacando y defendiéndose con espada y rodela, recibiendo varias heridas, siendo socorrido posteriormente.

La fortuna trajo de arribada al puerto de Nápoles una riquísima nave mercante veneciana que confiscó el Virrey inmediatamente, en calidad de represalia por ciertos agravios que decía se habían hecho a naves españolas. Reclamó el Senado, encargando al embajador en Madrid la negociación del asunto, que se dió por terminado, poniendo en manos del mismo embajador la cédula real que ordenaba la inmediata devolución de la presa.

Algún tiempo después apareció en la costa de Calabria Mahomad-Asan, hijo del renegado vencido en el anterior combate, pretendiendo vengar con sangre y fuego aquella derrota, ya que las galeras del reino estaban lejos. Traía seis bien armadas y efectuando desembarcos en lugares pequeños, tomaba bastantes hombres que ocupaba como esclavos.

El Virrey quiso acudir al remedio, pero no pudo ya que no disponía más de dos galeras de Nápoles y una de Malta, y éstas tenían que dar la vuelta a la extremidad meridional de Italia. Mientras tanto el turco fue confiándose pues daba por descontado su triunfo. Don Pedro Pimentel, que mandaba las galeras de España, tomó sin vacilar a la capitana turca, mientras él, que a la primera descarga tuvo la suerte de hundir una de las otras, secundaba el ataque al arma blanca. Finalmente la capitana y otra se rindieron; una tercera zozobró y las dos restantes huyeron. Murió Mahomad-Asan al que una bala de cañón le arrancó una pierna; se hicieron trescientos prisioneros, liberando a otros tantos cautivos cristianos.

### **Anécdotas.**

Dijimos al principio que el Duque de Osuna era hombre de genio vivo, pero también de mucho ingenio y sentido del humor. De él se pueden contar muchas anécdotas. Solo relataré algunas: Había mandado a construir con el importe de las presas hechas al enemigo, un magnífico edificio para albergue de personas necesitadas. Cuando estuvo terminado corrió la voz de que iba a destinarlo a los cojos, dado el gran número de ellos que había, a cada uno de los cuales se pagaría una pensión anual de veinte doblas, anunciando también que los que asistieran en el exterior el día de la inauguración, gozarían de ciertas ventajas. Fue muy numeroso el grupo de los lisiados que acudieron; tanto es así, que aunque el edificio se hubiese cuadruplicado no habrían tenido cabida.

El Virrey que asistió al acto, quedó perplejo, pues sabía que todos tenían derecho a una plaza, y no deseaba dar preferencia a unos sobre otros.

En vista de ello mandó poner a la puerta una viga a un palmo de altura y propuso la prueba del salto a los que quisieran aceptarla. Saltaron más de doscientos, que como es de suponer sólo tenían de cojos las muletas, y como los demás quedaron apesadumbrados pensando que el Duque se dejaba engañar y daba asilo a los que menos lo necesitaban, los tranquilizó diciendo: «Amigos, conócese que tenéis las piernas malas, pero como observo que tenéis buenos brazos, no quedaréis sin albergue, que tengo para todos»; y en efecto, envió a unos a las galeras y a otros, a servir una campaña, pero sin cadena y con paga. El asilo fue destinado a los inválidos del mar.

En otra ocasión un hidalgo subordinado suyo, queriendo ganarse su confianza, le dijo que otro no le tenía aprecio, pues hablaba mal de él en cuantas ocasiones se le presentaban. Mandó llamar el Duque a su presencia al presunto criticón y a la vez citó al que le había puesto al corriente del asunto. Cuando éste, ya en el despacho, vio entrar al acusador quedó lívido y aún se sentiría peor, cuando oyó que el Duque dijo al otro: «He mandado llamar a vuesa merced, para advertirle que cuando llevado de alguna mala pasión, murmurase de mí, no lo haga delante de este hidalgo que tenéis enfrente, porque luego me lo viene a decir». Ni que decir tiene que el hidalgo que creía conocer al Duque, no tenía la más remota idea de su modo de ser.

Era costumbre que el día de Reyes el Virrey visitase las galeras otor-

gando premios a los que se lo merecían: En una de estas visitas preguntaba a los forzados la causa de su castigo. Todos contestaban casi lo mismo: falso testimonio, malquerencia, crueldad de los juzgadores, etc. Llegó a uno que con desparpajo confesó merecer la pena y aun otras mayores, por los delitos que había cometido. El Duque le dijo al general que le acompañaba: «Echen de la galera a este criminal, no vaya a pervertirme a tantos inocentes», y dándole de su bolsillo veinte ducados para vestirse, dispuso ponerlo en libertad.

### **Triste final.**

En los años de 1.617 y 1.618 corrieron por Venecia rumores referentes a una conjuración fraguada según se decía por el Duque de Osuna para sustraer del dominio de España el reino de Nápoles. Fue quizás la más peregrina de las distintas versiones que dieron acerca de la famosa conjuración, que por otra parte eran muy propias de la época, pues también dió que hablar la conocida por «conjuración de Sevilla». En lenguaje actual diríamos que las conjuraciones estaban entonces a la orden del día.

La muerte de Felipe III y la subida al trono de Felipe IV, marcó el trágico fin de Osuna y de algunas otros nobles que como él, se habían destacado en sus servicios. Las maquinaciones, intrigas y medias verdades son artes conocidas en todos los tiempos de la vida humana, más acentuados aún en los que ocupan altos puestos de la sociedad.

Fue relevado de su puesto y se le ordenó presentarse en la Corte para defenderse de los cargos que se le imputaban. Cumplidas las fórmulas de entrega de mando y dejando a cargo de la duquesa el arreglo de los asuntos privados, pidió Don Pedro al nuevo virrey nombrado accidentalmente, cardinal Borja, que servía la embajada de Roma, una breve demora para solventar los asuntos que tenía pendientes.

Las galeras hasta entonces de su propiedad, pasaban a formar parte de la Armada Real. Su escuadra se componía de veinte galeones, veinte galeras y treinta buques menores, que no habían costado un real a la Corona. Había reformado una antigua costumbre en el mar: la de nombrar un sólo capitán por bajel en vez de los dos, de mar y guerra, que la rutina mantenía.

Cuando llegó la orden de desarme de la escuadra de Duque, aún siguió

Ribera en su puesto de almirante, obteniendo algunos triunfos. En 1.621 transportó tropas a Milán, e hizo alguna operación incendiando varias naves en acciones rápidas, quedando últimamente como guarda de las costas sicilianas, hasta 1.623 en que recibió orden de regresar a España con las naves a su cargo.

Zarpó el Duque para España, con el saludo de la artillería de los castillos y las naves, acudiendo al muelle el pueblo en masa, que quería darle testimonio de la estimación de que gozaba. Desembarcó en Marsella, deteniéndose en la ciudad, en la que también fue agasajado.

Llegando el Duque a Madrid rechazó enérgicamente ante el Consejo los cargos que formulaban sus adversarios. Aquél tomó en consideración las razones que elocuentemente expuso, inclinándose a conceder la reparación que solicitaba, que no era otra que regresar a Nápoles, de cuyo mando se le había despojado sin causa ni razón. Seguramente hubiese logrado su reposición, pero fue muy fuerte la oposición de parte de la nobleza.

Cuando esperaba ser oído por Felipe III, falleció el monarca.

Detenido en Miércoles Santo y conducido a la posesión de la Alameda, cercana a Madrid, que entonces pertenecía al Conde de Barajas, sufrió con centinelas de vista mayor rigor; se le sometió a una fórmula de proceso, cuyos cargos pasaban de quinientos, y de los que apenas se defendió.

La Duquesa de Osuna Doña Catalina Enríquez, envió un memorial al Rey, que merece ser conocido. Decía así: «Señor. Pudiera llegar a los pies de V.M. con mucha confianza de pedir mercedes, por los aventajados servicios que el Duque de Osuna, mi marido, ha hecho a su Real Corona, pues sabe V.M. que los que han llegado a su noticia después que salió de la niñez, de la gloria de sus armas, y del terror que de ellas han tenido sus enemigos, son ejecuciones del valor de mi marido, sin duda semilla de sus emulaciones y del trabajo en que se halla. No quiero por ahora suplicar a V.M. por mercedes y gracias, que como son en la moneda que pagan los reyes, estoy cierta que tenemos segura esta partida. Vuestra Majestad, Dios le guarde, es rey católico por renombre, por ejercicio; justicia pido y desagravio. Los enemigos de mi marido son los de la corona de V.M. para su grandeza pequeños gozques, para el Duque valientes perros, pues no contentos con ladrar contra su reputación, han podido dar con él en una cárcel. Señor, el Duque de Osuna, que

rompió al Turco, que venció y acorraló al Moro, que afrentó al Veneciano, que ayudó a castigar al Piamontés, que pasó la caballería de V.M., arbolados los estandartes, por los Estados del Papa, que ayudó al Emperador a recobrar los reinos de Hungría y Bohemia, que asistió a los Estados de Flandes con gente y dinero, que restauró la quiebra de la navegación de filipinas con bajeles, armadas de artillería, soldados y marineros, es el preso, el apresado con nombradía de delincuente, de que ofendía a V.M. Los libres son los que habiéndose atrevido a quitar al virrey y llamar otro, reconocidos de su error y temerosos del castigo, buscaron calor para cubrirse en la fidelidad de tan gran ministro de V.M. como es, y ha sido el Duque, mi marido. Si él ha delinquido en la lealtad que debe al servicio de su Real Corona de V.M., coraje tengo yo y sangre, para con mis manos, si fuera lícito, quitarle la vida, o lo menos a los pies de V.M. para procurar con el rigor de su justicia sacar esta mancha; no habiendo en esto falta, como es imposible que la pueda allanar toda la malicia humana; no hay en el mundo delito que merezca esta prisión: si debe el Duque, pague el Duque, que hacienda tiene él, para que V.M. quede satisfecho, aunque a tan grandes reyes, las cuentas suelen ser, no de maravedis, que esta partida es fácil de averiguar, cuanto más, Señor que 20.000 hombres de guerra y tales facciones ejecutadas con ellos, no se hacen sin dinero; la providencia del Duque los ha sacado, no de la hacienda de S.M., sino de los despojos que sus enemigos han dejado en las manos de sus victorias.

Vuestra Majestad tiene a sus pies una mujer, cuyos antepasados han acrecentado con su sangre mucho de su corona, y algunos de ellos dándole más hacienda y más vasallos que heredaron de sus padres los de Vuestra Majestad; merezca por ellos y por sí este desagravio, que como tan fiel vasallo de V.M. siente le quieran hacer perder el ministro más importante para grandes cosas que tiene rey en el mundo, escondiéndolo y maltratándolo las naciones entre quien el Duque se ha puesto en tan aventajado lugar, sirviendo a V.M., están a la mira el fin de esta prisión. Suplico a V.M. se compadezca de nuestra sangre y casa, no esté tanto tiempo a riesgo de que la juzguen los émulos de su corona, conforme al dolor del castigo que V.M. les ha dado por mano del Duque, mi marido, que ya este caso demás de tener en sí tanta justicia, se entra por la puertas de la piedad y misericordia; y porque creo que el dolor de mi corazón me habrá hecho atropellar algunas de estas razones, suplico a V.M. las vuelva a ver en este papel».

El extenso escrito presentado por la Duquesa al Rey no sirvió para nada y el pueblo que conocía las hazañas de Don Pedro acogió mal su caída. No se olvidaba que había gobernado en Sicilia durante cinco años, que la había limpiado de malhechores y que nunca había tenido la isla mejor gobierno.

Uno de los biógrafos del Duque escribió: «Hervíale la sangre al ser interrogado por la supuesta conjuración de Venecia, por la fábrica de naves y por haber tomado artillería de las fortalezas del Rey. Contestaba: Yo no tengo puertos ni dársenas y en cuanto a lo galeones y galeras han quedado como siempre fue mi deseo, al Servicio de S.M.». Y también: «Hiciéronle cargos que aún para un corregidor no era de sustancia cuanto y más para un gran señor a quien rodeaban los privilegios y ornamentos de virrey de Nápoles, que tuvo la reputación y autoridad de aquellos reinos, de aquellos mares de asombro y miedo de los enemigos.

De la casa de la Alameda fue trasladado a la casa de Don Iñigo de Cárdenas situada entre los dos Carabancheles. Enfermo de gota y con fiebre alta, se le pasó a la llamada huerta del Condestable y por último a la casa de Gilimon de la Mota. La agitación de espíritu, el veneno de la envidia y de la ingratitud minaron aquel cuerpo fuerte, que murió, edificando con su serenidad a cuantos le rodeaban, el 24 de septiembre de 1.624 sin que recayese sentencia sobre los cargos que se le habían formulado, ni hubiese entre sus más encarnizados enemigos, quien en conciencia creyese merecía aquella muerte.

Entre tantos desleales hubo un hombre noble y popular que nunca le olvidó: el poeta, novelista e historiador Don Francisco de Quevedo y Villegas, autor de «El Buscón» y de otras muchas obras. Quevedo acompañaría al Duque a Sicilia y Nápoles repetidas veces. Entendió de sus asuntos y preocupaciones y en varias ocasiones se presentó en la Corte para defender a su amigo de los cargos que le imputaban. En el verano de 1.613, le acompañó a las reuniones entre ministros de Nápoles, Milán y el Vaticano, referentes a la campaña que se iniciaba en el Piamonte.

Quevedo dedicó al Duque el siguiente soneto:

Faltar pudo su patria al grande Osuna,

Pero no a su defensa sus hazañas;

Diéronle muerte y cárcel las Españas,  
De quien él hizo esclava Fortuna.  
Lloraron sus envidias una a una  
Con las propias naciones, las extrañas;  
Su tumba son de Flandes las campanas,  
Y su epitafio, la sangriente Luna.  
En sus exequias encendió el Vesubio  
Parténope; y Tinacria al Mongibelo;  
El llanto militar creció en diluvio:  
Diole el mejor lugar Marte en su cielo;  
La Mosa, el Rhin, el Tajo y el Danubio  
Murmuran con dolor su desconsuelo.  
Y sus triunfos los condensó en este otro:  
Diez galeras tomó, treinta bajeles,  
Ochenta bergantines dos mahonas;  
Aprisionóle al turco dos coronas  
Y los corsarios cuyos más crueles.  
Sacó del remo más de dos mil fieles,  
Y turcos puso al remo mil personas;  
Y tú, bella Parténope, aprisionas  
La frente que agotaba laureles.  
Sus llamas vió en su puerto la Goleta;  
Chicheri y la Calivia saqueados,  
Lloraron su bastón y su jineta.  
Pálido vio el Danubio sus soldados,

Y a la Mosa y al Rhin dió su trompeta

Ley, y murió temido de los hados.

Aparte de su valía profesional, algunos destacados marino sobresalieron por una cualidad aplicada a su manera de actuar, p. ej la de Don Alvaro de Bazán, por la ejecución; la de Don García de Toledo, por la energía; la de Don Diego Brochero, por la organización y las Patiño y el Marqués de la Ensenada, por el pensamiento. El Duque de Osuna llegó a reunir las condiciones de estos ilustres próceres, sin que ellos ni otro alguno, antes o después, alcanzara a discernir mejor que es marina militar, cómo se forma, para qué sirve y qué se aprovecha.

Las victorias del Duque son comparables a las de un Roger de Lauria, que llevó las armas de Aragón a todos los rincones del Mediterráneo. A las de Octavio de Aragón que, con solo ocho galeras, atacó a doce naves turcas, de las que apresó a siete, incluida la capitana; a la De Francisco de Ribera, que mantuvo a raya, con sólo seis naves, a las cincuenta y cinco del Sultán de Constantinopla y, más tarde, con sólo quince bajeles, retó e hizo batirse en retirada a la formidable escuadra veneciana, formada por no menos de cuarenta buques.

No obstante las batallas libradas contra turcos, moros y venecianos y las numerosas acciones bélicas en las que intervinieron el Duque y sus hombres, de las que he expuesto varias en este trabajo-, las intrigas de la Corte abatieron la figura del ilustre y patriota. Su amigo y protegido Francisco de Quevedo,- el «bellaco de Quevedo», como cariñosamente le llamaba Don Pedro-, no dejó de rendir a su señor el homenaje de sus cálidos versos.

Con las naves que fueron de la escuadra del Duque, todavía durante algún tiempo navegó por los mares respetada la bandera española; mas no habiendo reemplazo ni guía, ni hombres, ni bajeles, muy pronto por negociación de los mismos venecianos, volvieron a salir las naves turcas de los riscos en que estuvieron escondidas, asolaron las costas de Pulla, entraron a saco en Manfredonia, perdiéndose la plaza, y como en anteriores ocasiones, pusieron el espanto y la desolación en todos los lugares por donde pasaban. Pero ya la escuadra del Duque no podía impedir tales desmanes.

Entonces, aunque ya sería demasiado tarde, llegó la hora de la justifi-

cación, que dicen hacía exclamar a aquel monarca que lo destituyó: ¡Si viviera Don Pedro Téllez Girón en el gobierno de Nápoles, el sí que les refrenaría los bríos!.

Don Juan Téllez Girón, primogénito del tercer Duque de Osuna, contraería matrimonio con Isabel de Sandoval, hija del Duque de Uceda y nieta del de Lerma. Felipe IV le nombraría Gentilhombre de Cámara y Virrey de Sicilia.

¡Cuántos hechos curiosos nos descubre la historia!

### **Bibliografía.**

Cesáreo Fernández Duro.- Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y León.

Cesáreo Fernández Duro.- El Gran Duque de Osuna y su Marina.

Juan de Dios Blanca.- Semblanza de Marinos Ilustres.

Espasa.- Enciclopedia Universal ilustrada.